

EL CORREO DE NAPOLEÓN

Capítulo 1

Valladolid, 1990.

—Esto no puede ser, estas medidas están mal. —Murmuró desconcertado Fernando rascándose la cabeza mientras estudiaba el plano. No podía imaginarse ni por lo más remoto que ese día su vida cambiaría para siempre.

Los topógrafos, Ramón y Mercedes, suspiraron impacientes y le replicaron, casi a coro:

—Ya lo hemos visto, las hemos repetido tres veces y sabes que el láser no falla.

Fernando volvió al plano, estudiándolo con más atención, y al cabo de unos minutos indicó con energía:

—O mucho me equivoco, o aquí hay una estancia escondida.

—¡Si hombre, con fantasma y todo! —le replicó Mercedes, mientras guardaba con mimo el medidor laser en su caja.

—Pues si no, ya me dirás dónde se han esfumado los siete metros que faltan.

—le contestó su compañero.

—Parad ya de decir tonterías y ayudadme, que hay que terminar, —les dijo su jefe dirigiéndose hacia una de las esquinas del claustro en el que se encontraban.

Les habían contratado para realizar los planos del Convento de Santa Brígida, un palacio renacentista del siglo XVI, mandado edificar por Don Francisco de Butrón, abogado de la Real Audiencia y la Chancillería, sobre unas casas de su propiedad. Años después, la familia propietaria sufrió serios reveses económicos, que propiciaron que el edificio pasara a manos de las Madres Recoletas de Santa Brígida y se transformara en convento.

Y pasaron los siglos y las monjas de la orden, hartas de goteras y humedades, ante la imposibilidad de restaurar con sus medios aquel vetusto caserón, decidieron, a mediados de los años ochenta, trasladarse a un nuevo edificio a las afueras.

Se resignaron a perder su privilegiado enclave en el corazón de la ciudad, pero sin duda este inconveniente podría compensarse por la ausencia de corrientes de aire y corredores helados en invierno. La mayoría de las hermanas se adaptaron sin problemas a su nueva ubicación y pronto las gélidas madrugadas fueron un mal recuerdo para sus doloridos huesos.

El solemne edificio pasó a ser propiedad del gobierno regional, que tras profundas deliberaciones resolvió utilizarlo como Archivo General.

Se iniciaron entonces las obras de restauración, comenzando por la toma de datos y el levantamiento de planos para determinar el estado real de la edificación.

Los arquitectos descubrieron unas amplias arcadas y cornisas renacentistas en el patio interior, tapadas por las monjas para evitar su ruina y trataron de documentar concienzudamente el estado inicial de las estancias para reconstruirlas con la mayor fidelidad posible al original.

Era un trabajo arduo. El convento era en realidad una amalgama de edificios, en la que el patio y la escalera renacentista eran la parte más noble del conjunto, pero el resto, utilizado como cocheras o dependencias de la servidumbre, había sido maltratado por el paso de los años y se encontraba muy deteriorado, en un estado semirruinoso.

Fernando y sus trabajadores habían sido contratados para elaborar los planos de las fábricas de la traza original, pero se habían encontrado con que éstas eran

dispares entre sí, de sillería en la zona palaciega y de ladrillo o tapial en otras zonas, sin que ello obedeciera a una razón concreta.

La meticulosidad que les exigían en el resultado les había obligado a dedicarle muchas horas de trabajo, pero la parte más delicada ya estaba hecha, y en aquellos días estaban a punto de terminar, sólo les faltaba comprobar que las medidas reales se correspondían con las que habían reflejado en los planos.

Fernando estudió de nuevo los números, mientras marcadas arrugas se concentraban en su frente. No se podían permitir el más pequeño error, y un desfase de siete metros podía obligarles a repetir todo el trabajo.

Aquella era, precisamente, la zona de la obra más complicada, el ala del convento más alejada de la plaza, fruto de la ampliación del palacio con las casas colindantes, anexionadas con diferentes alturas de plantas y entreplantas.

—Mirad, —les señaló Fernando en el papel—, parece que parte de este pilar de aquí.

Arremolinados los tres sobre el manoseado plano, los topógrafos le dieron la razón a su jefe.

—Sí, parece un pilar, pero no es posible, no de esas dimensiones, —afirmó el topógrafo.

—Además, no tiene sentido, —continuó Fernando perplejo—, esa parte es un muro de carga.

Se habían documentado a conciencia, buscando en distintos archivos referencias a la construcción original, y en ninguno de los planos de época se reflejaba la anomalía que habían detectado.

Se acercaron a la pared, contemplándola con estupor, hasta que Mercedes exclamó:

—Esperad, si no recuerdo mal, el palacio se formó de la unión de varias casas, ¿verdad?

—Sí, así es, —le confirmó su jefe.

—Y la fachada de la última se encontraba perpendicular a lo que es ahora la calle, ¿no? —Asintió Fernando con una muda inclinación de cabeza.

—Pues si no me equivoco, —continuó la joven—, lo que tenemos aquí es el zaguán de la antigua construcción ¿pero por qué lo habrán tapiado?

—Y lo que es más importante ¿por dónde entramos? —preguntó su compañero. Escudriñaron la más mínima grieta en la pared, pero no encontraron el menor indicio de una puerta. Tras consultar una vez más los planos, a Fernando se le ocurrió que podían seguir buscando en los otros niveles del muro. Subieron confiados los dos pisos que les separaban de la parte superior, pero según avanzaban, se fueron desilusionando más, pues no lograron encontrar ninguna señal.

Cansados y de mal humor decidieron irse a comer y volver por la tarde, con las ideas más frescas. Fernando estaba preocupado. Si no encontraban el porqué de aquel error, les tocaría volver a repetir todas las medidas y el tiempo se les estaba echando encima.

—Sólo nos queda mirar en los sótanos, —indicó Ramón cuando se encontraron después de comer.

—Pues va a ser tarea de chinos, —afirmó su compañera sin exagerar. Los bajos del palacio se habían unido sin orden ni concierto, y los sucesivos usuarios habían ido tapiando y abriendo espacios a su conveniencia, sin un orden lógico. Armados con linternas y con ayuda de los planos, recorrieron el laberíntico subterráneo, buscando ubicarse exactamente debajo del muro.

Pasaron de una estancia a otra, en lo que anteriormente habían sido las repletas bodegas de las monjas, y que ahora se encontraban vacías y desnudas. Con la dificultad añadida de la falta de luz, las linternas buscaban líneas de unión, grietas o alguna discontinuidad en los muros que pudiera darles alguna pista.

Cuando ya estaban a punto de rendirse, entraron en la última de las estancias, de tamaño similar a las demás, pero con una sutil diferencia; en una de las paredes encontraron los vestigios de una antigua chimenea. Había sido derribada años atrás, pero todavía conservaba algunos ladrillos empotrados en la pared, delatando su antigua traza.

La enfocaron con las linternas, pero no vieron nada digno de interés hasta que a Fernando se le ocurrió dirigir el haz de luz hacia el techo, buscando el recorrido de los humos. Se detuvo sobre el orificio de evacuación de la chimenea, que había sido cegado, y de repente exclamó:

—¡Mirad arriba, eso es una trampilla de madera!

El empresario mandó entonces a sus subordinados que fueran a buscar una escalera, mientras él esperaba, con una desacostumbrada mezcla de curiosidad e inquietud.

No era la primera vez que le pasaba algo así. En otras ocasiones ya había encontrado huecos ocultos en alguna mansión desvencijada, pero nunca habían contenido nada de interés, y esta vez no sería distinto.

La lógica de Fernando confiaba únicamente en encontrar un trastero abandonado cuyas dimensiones concordaran con las medidas que les faltaban y a poder ser, vacío, porque de lo contrario intuía problemas.

Al cabo de unos minutos oyó a sus compañeros, que bajaban de nuevo al sótano, riéndose y maldiciendo del peso de aquel armatoste.

Disimulando a duras penas su impaciencia, Fernando esperó a que colocaran la escalera y en cuanto estuvo en su sitio subió por ella, empujando la trampilla con todas sus fuerzas.

Después de unos cuantos empellones logró que cediera de su sitio, y con un último esfuerzo, la abrió completamente.

Enfocó el interior, comprobó que había suficiente espacio para ponerse de pie y subió con precaución. Cuando terminó de incorporarse miró a su alrededor, contemplando asombrado una estancia con las paredes totalmente cubiertas por unas enormes cajoneras de madera.

Sin apenas darse cuenta, ensimismado por lo que estaba viendo, tendió la mano a Mercedes, que le exigía su ayuda desde el final de la escalera.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó la topógrafa cuando terminó su ascensión.

—Míralo tú misma, —respondió Fernando, mientras trataba de valorar las dimensiones de aquel espacio. —Estas cajoneras parecen de nogal, y tienen pinta de ser antiguas. —dijo, mientras pasaba la mano con veneración por encima de una.

Mercedes, más práctica, trató de abrir uno de aquellos cajones, pero a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas, no pudo hacerlo.

—Será mejor que vayáis a buscar al arquitecto, —le indicó entonces su jefe, mientras se rascaba pensativo la cabeza, —y de paso, id a la notaría, a ver si puede acercarse Don Anselmo. Yo me quedo aquí.

—Pero Fernando, ¿para qué quieres al notario?, —preguntó asombrada.

—Yo sé lo que digo. Prefiero que un notario certifique lo que hemos encontrado, porque como aquí haya algo gordo, más vale que lo tengamos todo muy clarito. Todavía me acuerdo de lo que les pasó a los de la empresa Isgoda, cuando

encontraron aquel tesorillo en el palacio de los condes de Santa Quiteria. Les acusaron de ocultar piezas y su jefe acabó en la cárcel.

Cuando se fueron sus empleados el empresario miró a su alrededor, un poco agobiado por el opresivo silencio de aquella sala.

Sí, había hecho lo correcto, avisar inmediatamente a la propiedad y hacer constar que allí no se había tocado nada..., sí, eso era lo mejor para evitar problemas.

Pero no pudo remediarlo, la curiosidad era muy fuerte. Intentó abrir varios de los cajones, para descubrir que estaban todos cerrados. A la luz de la linterna los ojos de las gruesas cerraduras parecían mirarle burlones.

Resignándose a esperar, decidió emplear el tiempo midiendo la estancia. Sacó el metro de su bolsillo, y anotando los resultados, al finalizar la tarea suspiró satisfecho. A falta de medidas más precisas, aquella era la misteriosa estancia que habían detectado. Por fin cuadraban los datos.

Se sintió aliviado, pues habían acabado el trabajo a tiempo con aquella misteriosa recompensa.

No podía por menos de preguntarse ¿Habría algo en aquellos enormes cajones? Podrían ser ornamentos litúrgicos o antiguas tallas, pero ¿se habrían olvidado las monjas de aquello? ¿Por qué no se lo habrían llevado?

También existía la posibilidad, la más probable, de que aquellas cajoneras estuvieran vacías. ¿Pero entonces, por qué molestarse en dejarlas cerradas?

Tras doblar el plano con sus meticulosas anotaciones, se lo guardó en el bolsillo, y decidió mirar un poco más. Al fin y al cabo, no tenía nada más que hacer, sólo esperar que vinieran el arquitecto y el notario. Aquella enrarecida atmósfera le estaba empezando a pesar, porque el aire estaba irrespirable y lleno de polvo.

A la luz de la linterna, en la pared situada a su espalda, había descubierto también un enorme armario, que cubría toda la superficie de aquel lienzo, y para su sorpresa, al tirar de las puertas, pudo comprobar que una de las hojas se habría.

Alumbrando su interior se sintió un poco decepcionado. ¡Sólo había libros de cuentas! Las baldas estaban repletas de volúmenes de gran tamaño colocados por orden cronológico.

Uno de ellos llamó su atención, porque era mayor que los demás y estaba encuadernado en piel, con un exquisito labrado dorado.

Lo abrió con curiosidad, y en la primera página pudo leer, manuscrito en una letra picuda, pero relativamente fácil de entender, que aquel era el diario de la Reverenda Madre Abadesa del Convento de Santa Brígida, y estaba fechado en 1810.

Fernando sonrió, pensando que aquel sería el anodino relato de los pensamientos de una monja, pacatos y soporíferos, y cerró el libro de golpe sobre la balda en la que estaba apoyado. Se sorprendió al oír un tintineo metálico.

Volvió a mirar en el interior del armario, y volvió a dejar caer el libro, escuchando de nuevo aquel sonido argentino.

Guiado por su intuición, retiró las filas de volúmenes y comprobó que ocultaban detrás de ellos varias monedas francesas y un pequeño cuadro, de unos cincuenta centímetros de alto. El lienzo representaba a una mujer tocada con el hábito de las Brígidas, que sujetaba una llave en la mano izquierda y algo que parecían naipes con la derecha. Debía ser, sin duda, una representación de Santa Brígida, la patrona del convento, pero aquello era muy extraño. En sus

muchos años de trabajo era la primera vez que veía a una santa representada con una baraja.

Se volvió de nuevo al armario con curiosidad, lo abrió y sacó el diario de la abadesa.

Fernando sabía que no debía tocar aquel texto sin una mínima protección. El contacto con el aire y la luz podrían dañarlo, pero se arriesgó a desafiar aquella norma. Quería explicaciones.

Cogió el libro con cuidado, y colocando la linterna a modo de lámpara para iluminar la zona de lectura, se sentó en el suelo con las rodillas flexionadas.

Diario de la Reverenda Madre abadesa del Convento de Nuestra Señora de los Ángeles, de la Orden de Recoletas de Nuestra Madre Santa Brígida. Valladolid 1810.

Yo, Elvira, humilde sierva de Dios y abadesa por su gracia del Convento de Santa Brígida, conocida en el siglo como Elvira de Rojas y Escobar, deposito en estas páginas el relato verdadero de los hechos acaecidos durante la ocupación de esta santa casa por las tropas del emperador de los franceses y los desventurados sucesos que me obligaron a servir su voluntad.